Un extemporáneo en 1850

Mentiras y quimeras

EMIRO KASTOS

Editorial Universidad de Antioquia,
Medellín, 2010, 164 págs.

PUBLICADO EN asocio con la gobernación de Antioquia y las universidades locales en la colección Bicentenario de Antioquia, el libro contiene una selección hecha por Leticia Bernal Villegas (quien también escribió el prólogo) de artículos periodísticos y cartas escritos por Juan de Dios Restrepo Ramos bajo el alias de Emiro Kastos, porque cada quien “lleva el nombre que se le antoja y la cara que Dios le dio” [pág. xvi del prólogo]. Este singular personaje nació en 1825 en Amagá, llamado por los españoles el “pueblo de las peras”, pues, a la distancia y movidos por la nostalgia, confundieron los aguacates, muy abundantes en la zona, con dicha fruta. En el prólogo, la encargada de realizar la antología da cuenta de algunos pormenores de la vida del autor y sus ensayos con la escritura; cita algunos artículos que no aparecen en la selección efectuada para el cuerpo del libro que, desafortunadamente omitió las “Cartas a un amigo de Bogotá”, no mencionadas tampoco en el prólogo, y que se refieren, con mucha agudeza, al carácter de los “ricos antioqueños”. Estas cartas aparecen en la segunda edición, aumentada, de sus artículos hecha en Londres en 1885 por Juan M. Fonnegra y con un prefacio a cargo de Manuel Uribe Ángel. Una primera edición había sido hecha por la Imprenta de Pizano i Pérez en 1859.

Varios de los textos perdieron la frescura que tenían hace ciento cincuenta años cuando fueron escritos y publicados al calor del naciente periodismo en una Colombia muy politizada y, sin embargo, provinciana, casi analfabeta a juzgar por las inmensas mayorías incultas; es el caso de “La coquetería” [pág. 11], “Arturo y sus habladorías” [pág. 62], “Los pepitos” [pág. 87]. En “Pobres y ricos” contrasta la conciencia moral de la juventud de aquella época con la del viejo, en una variación del dicho del Quijote según el cual “Más sabe el diablo por viejo que por diablo”: “Es muy raro

que la juventud transija con el crimen: los años son los que hacen flexible la conciencia. El diablo no creo que sea tan malo por ser diablo cuanto por ser tan viejo” [pág. 38]. Los artículos logrados compensan con creces las flaquezas de algunos: así, en carta al “Señor doctor Camilo A. Echeverri” (1.º de agosto de 1856), el autor exalta el carácter de los romanos por sobre el de los griegos, “inconstantes, ligeros, vanidosos, ingratos”, y nos dice que “No es el talento, la ciencia ni la fortuna lo que constituye grande a un individuo o a un pueblo: para mí la verdadera grandeza consiste en el carácter” [pág. 134].

En “Un poco de charla” se refiere con estilo desenvuelto a la muy poca fortuna que tienen los buenos rasgos de carácter en la sociedad: “Sin un barniz de hipocresía, sin algunos adarques [pizcas] de egoísmo, sin bastante habilidad, se naufraga infaliblemente” [pág. 142]. Y más adelante:

Donde la inteligencia, el corazón y el carácter son nada delante de la habilidad es en el reino del amor. Con las mujeres hasta los tontos son más dichosos que los hombres superiores. [...] Es que en amor las mujeres tienen un egoísmo implacable. No admiten que el hombre dedique parte de su vida y de su alma al trabajo, al estudio, a las artes, a la filosofía o a la gloria. Delante de rivales de cualquier clase se insurreccionan o se vengan. [pág. 147]

En “Mi compadre Facundo”, discutiendo sobre el temperamento de los antioqueños, dice que

éstos no tienen pasiones a medias: por lo regular sus aficiones son impetuosas, sus sentimientos enérgicos [...] Esta energía y entereza para marchar por la senda del bien y del mal, peculiar a la raza antioqueña, no la apunto aquí como un defecto; paréceme, al contrario, una gran cualidad. Los pueblos de sentimientos flojos y enervados tienen siempre en perspectiva la esclavitud o la miseria. [pág. 50]

De tradición liberal y capaz de una expresión despojada y escueta, Juan de Dios Restrepo tuvo el suficiente coraje para hacer uso libre de la parresia griega o franqueza en el decir, aunque

escribió poco y enmudeció pronto, prácticamente a partir de 1861 cuando el autor contaba apenas con treinta y seis años y vivía con su familia retirado en Ibagué: “Yo me he rozado con los hombres y he quedado todo arañado, he metido las manos en el corazón de la sociedad y he corrido a lavármelas en un arroyo, porque las saqué llenas de lodo” (“Recuerdos de mi juventud. El primer amor”; la cita aparece en la contracubierta del libro). Iba a ser también el caso de María Cano, quien enmudeció pronto, asimismo decepcionada prematuramente de la política nacional luego de haber militado con pasión en el decenio de 1920. Restrepo, como Arturo Echeverri Mejía, antiguo capitán de la Armada, activo a mediados del siglo XX y autor de *Marea de ratas* (1960), tenía el ímpetu de los exploradores capaces de múltiples oficios a la par que el don de la escritura. Nuestro autor emprendió junto con su hermano la explotación de minas de oro en el Chocó, navegó por el Magdalena hasta Barranquilla en un intento por crear una ruta para el comercio de productos de exportación y atravesó las cordilleras haciendo negocio con recuas de mulas. Aquellos eran tiempos en que se podía ir a pie de Medellín a Honda por el viejo camino de Sonsón-Dorada; y esto fue lo que hizo el jovencito de quince años cuando decidió viajar en 1840 a la capital para estudiar Derecho en el colegio Mayor de san Bartolomé, estudios que abandonaría unos pocos años más tarde. En carta a Manuel Pombo del 10 de octubre de 1858 escribe: “Cuando vine casi niño la primera vez a Bogotá por la fragosa montaña de Sonsón, en vez de viajar como todo el mundo, caballero en un cristiano, siguiendo mis naturales ímpetus y respetando la dignidad humana, me vine a pie hasta Honda caminando ocho días mortales” [pág. x].

Sus primeros artículos fueron publicados desde 1850 en *El Neogranadino*, periódico fundado en la capital por Manuel Ancizar, en *El Tiempo* fundado por José María Samper en la misma Bogotá y en *El País* de su amigo Camilo Antonio Echeverri en Medellín. En la provincia de Antioquia, los periódicos aparecían y desaparecían como moscas, “Sólo en Medellín, y entre los años 1845 y 1850”, dice Leticia Bernal

ENSAYO		RESEÑAS
<p>en el prólogo, “los historiadores han reseñado el nacimiento y la muerte de alrededor de catorce periódicos” [pág. xv]. Restrepo apoyaba las faenas del general Tomás Cipriano de Mosquera que había emprendido una guerra contra el gobierno ultramontano de Mariano Ospina Rodríguez en 1860, así que el gobernador conservador de Antioquia, Braulio Henao, le echó mano en Abejorral cuando el autor venía del Cauca y lo condujo preso a Bogotá, donde estuvo encerrado varios meses: “Sepan mis amigos [...] que si no me encuentran a su lado, como es mi deber, el día que se les ataque o se les asesine, para correr con ellos idéntica suerte, es porque estoy preso: acontecimiento que no pude prever ni evitar” [“Despedida” del 9 de julio de 1860, pág. xxii]. Entre 1870 y 1872, oficia como cónsul en Nueva York durante el gobierno liberal de Eustorgio Salgar; pasó una temporada en Londres y murió en 1894 a la edad de sesenta y nueve años.</p> <p>Ya que en 1855 no tragaba entera la política del presidente Mariano Ospina Rodríguez y su gobierno, el autor los fustiga con elocuencia: “Comprimir, absorber, reglamentar, constituir, gobernar siempre; no olvidar los intereses de su orden, hacer de la República un convento [¡!] y con el sudor de los pueblos un gran refectorio para él y para los suyos: he aquí los inocentes caprichos y las campestres necesidades de ese modesto ciudadano” [en “Notabilidades contemporáneas. Rodín”, pág. xvii]. Este mismo Emiro Kastos es enfático cuando en 1852 escribe en la tercera de las “Cartas a un amigo de Bogotá” acerca de los “ricos antioqueños”, carta omitida en el libro que reseño:</p> <p>El carácter alegre, comunicativo, franco, simpático que distingue a los habitantes de los países risueños y de los climas templados, no se encuentra aquí; al contrario, las costumbres son frías y ceremoniosas; los hombres no se reúnen sino para tratar cuestiones de dinero... No conciben que se haya nacido para otra cosa que para comprar y vender y fuera del dinero nada merece atenciones y respeto. Por descontado que aquí hay, como en todas partes, hombres de maneras obligantes y de corazón generoso, honrosas excepciones, que no incluyen</p>	<p>la apreciación general que hago de los hombres y las costumbres [...] una aristocracia monetaria, algún tanto iliterata, de buenos años atrás tiraniza la sociedad [...] Egoístas en negocios, retrógrados en política, incapaces de sentimientos generosos, jamás se les ve al frente de un proyecto filantrópico, ni de medida alguna que tenga por objeto ilustrar las masas o mejorar la suerte de los pobres... Desprecian la educación porque ignoran para qué sirve, desdeñan el talento y todo mérito que no esté fundado sobre bases metálicas, y oponen fuerza de inercia, cuando no obstáculos decididos, a la difusión de las luces.</p> <p>Frank Safford, en “Significación de los antioqueños en el desarrollo económico colombiano: un examen crítico de las tesis de Everett Hagen” [<i>Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura</i>, Universidad Nacional, vol. II, núm. 3, 1965, págs. 49-69], da otra puntada en este mismo tejido de la incultura de la élite antioqueña para la época, por lo que revela de desprecio por su propio suelo, aterrada por la amenaza de la “barbarie” y encandilada por las luces que brillan al Norte:</p> <p>En el año 1854, cuando las Sociedades Democráticas [grupos gremiales de artesanos, sastres, carpinteros, etc., con intereses políticos] intentaron una verdadera revolución social, algunos capitalistas de Medellín, asustados, idearon el plan de incorporar toda la nación colombiana a los Estados Unidos, para poner fin por siempre a la inseguridad de la propiedad. Con el mismo motivo, al menos un capitalista de Medellín, Eugenio Uribe, se volvió ciudadano de los Estados Unidos (sin moverse de Medellín).</p> <p>Safford cita a Mariano Ospina Rodríguez, uno de los fundadores del Partido Conservador, partido de los terratenientes a la sazón, en carta a Pedro Alcántara Herrán escrita en este mismo año: “Los negociantes de esta provincia han acogido con mucho entusiasmo la idea de anexas la república a los Estados Unidos, como único medio de conseguir seguridad; tal paso tendrá algunos inconvenientes, pero es el único remedio posible que se encuentra que oponer a la barbarie [¡!]”</p>	<p>que amenaza devastar este país para siempre [...]”.</p> <p>Se diría que las cosas han cambiado a este respecto y que hoy los ‘ricos antioqueños’ no son tan retrógrados ni tan indiferentes a la educación, al talento y a la cultura. Es cierto, pero fue preciso tocar fondo con la violencia en Medellín, que se catapultó de manera abismal durante los decenios de 1980 y 1990, para que se fundaran cantidad de casas de teatro, casas de cultura y más tarde bibliotecas públicas que integraran las inmensas minorías tradicionalmente abandonadas a su malhadada suerte.</p> <p>Muy notable es la apreciación que le merece a Emiro Kastos el caso de Colón y el descubrimiento, en contravía de la tradición histórica y de la opinión de su amigo y coetáneo Manuel Uribe Ángel quien hace de Colón un dios, o casi, y santifica su empresa. En un artículo publicado por <i>El Tiempo</i> el 7 de agosto de 1855, “El cigarro”, incluido en el libro que reseñamos [págs. 107-111], escrito a manera de diálogo, el narrador hace su propio ditirambo sobre el tabaco y asegura que le va a mandar hacer una estatua al cigarro. “Si yo fuera inglés, extravagante y millonario, le haría construir una estatua colosal; pero voy a presentar el proyecto en nuestro próximo Congreso”. Un contradictor del tabaco le llama la atención: “De Cristóbal Colón no hablaría usted con más entusiasmo”. A lo que responde el autor sin contemplaciones, aunque con prejuicios contra los indios y los negros... ¿La situación es la misma de 1855 a hoy?!</p> <p>¿Y qué tenemos nosotros que ver con Cristóbal Colón? Si los ingleses que explotan nuestros mercados, y los españoles que se llevaron nuestro oro le hicieran una estatua, pase; pero a nosotros, ¿qué nos importa? Admitiendo el principio de la unidad de la especie humana de la fraternidad universal, del derecho a la existencia de todas las razas, de todos los pueblos, de todas las nacionalidades; admitiendo, digo, este principio, la llegada de Colón a América no fue sino una gran calamidad, el punto de partida de crímenes sin nombre, de asesinatos sin número, de inmensas rapiñas. De esa gran carnicería salieron, como gusanos de una osamenta, estas raquíticas</p>

poblaciones suramericanas, mezcla de las peores razas, de las peores costumbres y de las peores pasiones que existen en el mundo. Los españoles nos dejaron como heredamiento las tres virtudes teológicas de su raza: la pereza, el fanatismo y la anarquía. ¿Y qué gratitud debemos a Colón porque, a consecuencia de su descubrimiento somos lo que somos y vivimos como vivimos? ¡Gratitud porque somos hoy en la familia de las naciones lo que los parias en la familia de los hombres! [pág. 110]

En “Enfermedades sociales”, el autor abunda otro poco acerca del carácter de los peninsulares y de estos rasgos, pereza, anarquismo y fanatismo, que habrían transmitido a los pueblos de Hispanoamérica y que tendrían su fuente en las inmensas riquezas pilladas en América, las mismas que, más tarde y al interior de la economía española, se volverían inflación:

Los españoles, después que acabaron su labor de asolar pueblos y saquear continentes, se entregaron a una pereza insólita. Cruzaron los brazos y se pusieron a dormir siesta mientras los pueblos industriales, enviándoles artefactos que ellos no querían producir, les arrebataban el oro que habían pillado en América [...] En vez de seguir a la Europa en sus evoluciones de progreso, por el camino de las ciencias y de la industria, el pueblo español levantó monasterios y se refugió en las iglesias. Los judíos y los moros eran los únicos que trabajaban en España [¡], y los hidalgos, no pudiendo sufrir esa piedra de escándalo, los arrojaron lejos de sus playas. [pág. 152]

En el artículo “La situación” (aparecido en *El Pueblo* el 28 de julio de 1855), leemos esta sentencia contundente:

Todo pueblo merece su suerte. Esta tesis encierra en sí tanta verdad, tanta evidencia como una ley de física, como un problema de matemáticas [...] El pueblo, es decir, la mayoría de los ciudadanos, no deja subsistir dominaciones dañinas, monopolios absorbentes, contribuciones desiguales y opresivas sino por ignorancia o cobardía. Con inteligencia y valor, no puede tolerarse ningún absurdo, prolongarse ninguna injusticia [...]. [págs. xviii-xix]

Restrepo hace eco al mismo son de Policarpa Salavarrieta en el cadalso antes de ser fusilada por traidora al rey y sus vasallos: “¡Pueblo indolente! ¡Cuán distinta sería hoy vuestra suerte si conociérais el precio de la libertad! Pero no es tarde. Ved que, aunque mujer y joven, me sobra valor para sufrir la muerte y mil muertes más, no olvidéis este ejemplo...”.

Muy merecida la presente edición hecha por la Universidad de Antioquia de escritos de un desconocido que escribía en tiempos inmemoriales acerca del mismísimo país que nos habita como fuente de inquietud.

Rodrigo Pérez Gil